

# El experimento chileno y las izquierdas europeas en la encrucijada de los setenta\*

*The Chilean experiment and the European left at the crossroads of the 1970s*

**Alessandro Santoni**

*Universidad de Santiago de Chile*

**Mariana Perry Fauré**

*Universidad San Sebastián (Chile)*

## Resumen

El experimento de la Unidad Popular y su trágico desenlace fueron objeto de profundo interés y de activa solidaridad por parte de las distintas familias de la izquierda europea. Este trabajo se propone analizar el conjunto de las lecturas y análisis que esos acontecimientos generaron entre algunos de los principales partidos socialistas y comunistas del viejo continente, que en ese momento estaban pasando por una fase de profunda redefinición política. La vía chilena al socialismo y su abrupto fin, abrieron un complejo debate en torno a las lecciones que se podían extraer del caso del cono sureño, cuya brutalidad le dio aún más urgencia.

Palabras clave: socialismo, comunismo, nueva izquierda, Unidad Popular, golpe militar.

## Abstract

*The Popular Unity experiment and its tragic outcome were the object of deep interest and active solidarity for the different families of the European left. This work aims to examine the insights and analyses that these events generated among some of the main socialist and communist parties of the Old Continent, which at that time were going through a phase of profound political redefinition. The Chilean path to socialism and its abrupt end opened a complex debate about the lessons that could be drawn from the case of the Southern Cone, whose brutality made it all the more urgent.*

*Keywords: socialism, communism, new left, Popular Unity, military coup.*

---

\* Proyecto DICYT N° 032094AS de la Universidad de Santiago de Chile, USACH. Se agradece a DICYT la financiación aportada. Proyecto Fondecyt Iniciación N°11230135. Se agradece a ANID el apoyo.

Este trabajo plantea avanzar algunas reflexiones respecto al conjunto de pasiones, expectativas y aprensiones que la victoria de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970 y la conmoción causada por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, generaron a escala mundial. Su foco de interés son los partidos de la izquierda de la Europa occidental y las razones que explican su atención en los avances y retrocesos de la «vía chilena», así como el esfuerzo que llevaron adelante en su acción solidaria posterior al golpe.

En particular nos proponemos visualizar como esta atención y esfuerzos deben entenderse como reflejo directo de los desafíos que, al iniciarse la década de los setenta, interesaban a esa familia política. Lo anterior significa contextualizar el asunto chileno en los debates y las problemáticas que, en una época de redefinición ideológica y programática, caracterizaron la trayectoria y las interacciones recíprocas de las que eran entonces las tres grandes vertientes de la izquierda europea: la socialista/socialdemócrata, la comunista (en vísperas de ser definida eurocomunista) y la emergente «nueva izquierda», que había encontrado un potente catalizador en las protestas estudiantiles de 1968. El experimento allendista y su trágico desenlace pueden verse como modelo-ejemplo, lección o como causa/recurso simbólico, en que éstas vertientes proyectaron sus propias exigencias y definieron, en una lógica de convergencia-divergencia recíproca, sus respectivas posiciones. Por ello, en el primer apartado, realizaremos algunas consideraciones de orden más general que permiten entender los grandes debates por los cuáles se movía entonces la izquierda europea y el significado que se atribuyó, en este espacio, a la experiencia chilena.

Por otra parte, cabe considerar que este significado tuvo matices según el país y

su contexto político. Esbozaremos así, en los siguientes apartados, algunas reflexiones respecto al impacto de la vía chilena al socialismo en distintos casos nacionales, basándonos en la literatura existente y en nuestros propios trabajos al respecto. Esta decisión metodológica surge de la constatación de que, por valiosos que son, los trabajos enfocados en la recepción de la causa chilena en un único país han mostrado, a menudo, el límite de no visualizar con claridad las que eran especificidades y los que, en cambio, eran los rasgos comunes a un determinado contexto geográfico y político. A este respecto, también podríamos identificar tres categorías de países en Europa occidental, en función de las características de la situación política y del tipo de recepción del caso chileno que derivó de ellas. Si bien, en este texto por motivos de espacio, nos centraremos solo en dos de ellas.

La primera categoría está representada por aquellos países de la Europa latina con sistema democrático, en donde existían fuertes analogías y afinidades con el contexto político de Chile, siendo particularmente significativa la presencia de fuertes partidos comunistas. Esto despertó debates más profundos, lo que fomentó lecturas más articuladas y específicas, realizadas en clave de política interna, a partir de los sucesos chilenos. La categoría es representada fundamentalmente por Italia y Francia, que analizaremos en dos apartados separados.

En segundo lugar, están los países del norte de Europa, en donde la participación comunista era menor y la socialdemocracia ejercía un rol hegemónico, ocupando a menudo una posición de gobierno. En estos casos, la recepción del caso chileno presenta rasgos menos articulados a nivel de reflexión política local al presentar estructuras políticas muy divergentes a las chilenas, pero permite visualizar algunas tensiones internas al universo del socialismo. Si bien

esbozaremos algunas reflexiones de conjunto apoyado en otros casos, nos enfocaremos en el caso británico.

Una tercera categoría, está representada por los países de la Europa mediterránea que entonces vivían bajo regímenes autoritarios: otro tipo de contexto en que se daban las condiciones para una lectura local del caso chileno, en dónde se reflejaban preocupaciones particulares, relativas a las perspectivas de una salida democrática. En este artículo no abordaremos directamente a estos países, si bien desarrollaremos algunas reflexiones al respecto en el primer apartado.

### Los grandes debates de la izquierda europea

La noticia de la victoria de Allende encontraba a las izquierdas socialista y comunista enfrentándose a las consecuencias de las movilizaciones estudiantiles de 1968. En particular asumió urgencia el desafío representado por la formación de movimientos y grupos de «nueva izquierda», izquierda radical y/o extraparlamentaria, que cuestionaban las credenciales revolucionarias de los partidos tradicionales, denunciados como aparatos burocráticos enquistados en lógicas propias de la democracia burguesa y el consenso de la posguerra. Partidarios de un tercermundismo que se oponía a los imperialismos norteamericano y soviético, los representantes de los movimientos del 1968 habían adoptado a un panteón de nuevos mitos revolucionarios, que marcaba diferencia con la «vieja izquierda», en que la revolución cubana, la figura del «Che» Guevara y las distintas guerrillas latinoamericanas ocupaban un sitio de honor<sup>[1]</sup>. En muchos aspectos el éxito de la Unidad

Popular (UP) permitió a los partidos comunistas o socialistas revertir a su beneficio el clima de interés hacia América latina para responder al desafío, reivindicando el rol que les cabía en el proceso mundial de transformación social y alimentando la esperanza de acercar a toda una generación que en ese momento se les había escapado de las manos. De hecho, el análisis público que se hizo del proceso chileno en los años siguientes reflejó constantemente las tensiones entre las «viejas» y las «nuevas» izquierdas<sup>[2]</sup>. Estas últimas se vieron reflejadas en las posiciones del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), considerando las dificultades y el fracaso de la vía chilena al socialismo como una confirmación de la inviabilidad del camino democrático, debido a la predecible respuesta de las fuerzas reaccionarias. También condenaron a las viejas izquierdas en su valoración del experimento chileno como ejemplo para sugerir la necesidad de políticas de amplias alianzas, sobre todo cuando éstas implicaban la convergencia de comunistas y socialistas con fuerzas de centro y centroizquierda. Después del golpe, a través del caso chileno y del ejemplo mirista, se dio curso a una identidad revolucionaria encargada de avanzar hacia el verdadero cambio, desestimando viejas tradiciones que probaban ser fallidas.

Por otra parte, la elección de Allende llegaba sólo dos años después de la Primavera de Praga, en donde el experimento de democratizar una sociedad comunista había sido finalizado abrupta y trágicamente. A diferencia del caso checo, el experimento de la Unidad Popular buscaba transitar del capitalismo a un socialismo democrático, usando los mecanismos de la democracia liberal. Este propósito convocaba enton-

1.- Robert Gildea, James Mark, Niek Pas, «European Radicals and the 'Third World'», *Cultural and Social History*, 8:4 (2011), pp. 449-471.

2.- Gerd-Rainer Horn, *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 131-177.

ces a las dos grandes vertientes del movimiento obrero organizado: la comunista y la socialista. Había en realidad elementos de no poca ambivalencia en relación con el contenido de lo que se denominaba «socialismo democrático». Ambivalencia también presente en el mismo proyecto de la UP, en que no había acuerdo ni claridad respecto a cuál era el tipo de socialismo que los partidos integrantes de la coalición estaban persiguiendo, ni respecto a los límites y posibilidades de mantenerse en el marco institucional de la democracia existente.<sup>[3]</sup> Por su parte, entre los partidos políticos europeos, si bien muchos hablaban de socialismo por vía democrática, el concepto se mantenía abierto, albergando y tolerando distintas lecturas.

Tomemos el caso de los partidos socialistas que, sin distinción alguna, dieron su activa solidaridad a la causa de la izquierda chilena. La victoria de Allende impulsó un vínculo entre el socialismo europeo y el chileno aun cuando el PS chileno históricamente se había negado a mantener contactos oficiales con la IS, cuyo miembro reciente en Chile era el Partido Radical<sup>[4]</sup>.

3.- Alfredo Riquelme, «Política de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973)», en Marianne González Alemán, Eugenia Palieraki (Comp.), *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*, Santiago de Chile, Universidad Nacional de Tres de Febrero-Université de Cergy-Pontoise-RIL Editores, 2013, pp. 153-184. Para una revisión sobre las disputas en torno al concepto de democracia ver Marcelo Casals y Mariana Perry, «De la democracia revolucionaria a la democracia posible. Trayectorias políticas y conceptuales de la democracia en la izquierda marxista chilena, 1950s-1980s», *Historia*, 53-I (2020), pp. 11-44.

4.- Fue justamente en el trienio de la UP, a través de las visitas de dirigentes de los distintos partidos y de la misma IS a Chile, cuando se empezaron a estrechar los nexos entre estos dos mundos acercando las posiciones y permitiendo un trabajo en conjunto que generó a su vez impacto mutuo en el intercambio y circulación de prácticas e ideas políticas. Este vínculo fue clave, en los años posteriores al golpe, en crear las condiciones para la in-

Pese a que estos partidos habían consolidado hace décadas una praxis reformista basada en el mantenimiento del Estado Social de corte keynesiano, esto no había derivado necesariamente en un abandono abierto y declarado del horizonte de una sociedad socialista. En Gran Bretaña, el laborismo mantenía en su estatuto la referencia de la cláusula 4 relacionada con la socialización de los medios de producción. En Italia, el PSI aún no había removido la hoz y el martillo de su símbolo. En Francia el nuevo PSF lanzó su proyecto de unidad de la izquierda en nombre de un programa radical de reformas. Es decir, muchas de estas fuerzas no habían acompañado su evolución programática con una redefinición a nivel ideológico como la que desarrolló la socialdemocracia alemana en el congreso de Bad Godesberg.

Sin duda deben hacerse algunos matices, puesto que se trataba de un universo complejo en que al interior del mismo partido competían corrientes distintas y en que el tránsito teórico desde una perspectiva socialista hacia una programáticamente reformista (que parece haber marcado la trayectoria de esa familia política) estaba en distintas etapas. De hecho, a menudo, mientras las cúpulas que guiaban a los partidos quisieron formular su interpretación de un Allende socialdemócrata, los sectores más radicales adoptaron a Chile para relanzar su identidad de fuerzas de izquierda, comprometidas con el cambio, pese a décadas de prácticas reformistas.

El punto es que a principios de los setenta, los socialistas aún no ean conscientes del giro que los definiría en la década siguiente, puesto que recién se empezaban

fluencia de ese mundo socialista europeo en el proceso de renovación del socialismo chileno. Ver, en particular, Mariana Perry, *Exilio y renovación. Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020.

a vislumbrar las primeras señales de crisis del modelo del Estado de bienestar que había dominado el escenario europeo de la posguerra<sup>5</sup>. A esa altura, el Estado social incluso podía parecer a algunos como un logro menor, mientras que permanecían vigentes las expectativas de un profundo cambio social<sup>6</sup>. Es en esa fase, de hecho, que se comenzaron incluso a sentar las bases de lo que Andry llama el proyecto de una Europa Social, entendido como un intento de la izquierda europea de renovarse a sí misma tras las demandas impuestas por las movilizaciones post 1968 y proponer una alternativa que iba más allá del estado de bienestar keynesiano<sup>7</sup>. Al interior de este proyecto adquirirían un renovado protagonismo las posiciones más radicales de transformación social, y se prestaba atención a nuevos sujetos sociales como los estudiantes; temáticas como el feminismo, el medioambiente y el activismo del tercer mundo. También se constataba el abandono de las prejudiciales prácticas anticomunistas de los años anteriores, en el marco de una época de distensión en donde la misma socialdemocracia alemana avanzaba su *Ostpolitik*, sin dejar de existir profundas diferencias en relación con la posibilidad de generar algún tipo de alianza o colaboración con los partidos comunistas occidentales.

5.- La crisis del petróleo, gatillada por la guerra de Yom Kipur justo un mes después del golpe en Chile, iba a revertir la tendencia a la expansión que había caracterizado la economía de esos países en las últimas décadas. Los años siguientes estarían marcados por el estancamiento de las economías, el aumento del desempleo y una fuerte inflación, factores que prepararon las condiciones para el cambio de paradigma de los 1980, cuando incluso los gobiernos socialistas tuvieron que plegarse frente a la exigencia de privatizaciones y desregulaciones económicas.

6.- Respecto a la respuesta de las izquierdas a la crisis véase Donald Sassoon, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 489-702.

7.- Aurelie Dianara Andry, *Social Europe, the Road not Taken. The Left and European Integration in the Long 1970s*, Oxford, Oxford University Press, 2022.

Para el caso del comunismo occidental, las dudas transitaban por la posibilidad de generar alianzas con la otra alma de la izquierda en función de un proyecto común. Sin embargo, en este caso, todo llamado a la democracia tenía que dar cuenta de su identificación con el modelo soviético. Es posible plantear que al igual que la Primavera de Praga, cuya finalización por mano de las fuerzas del Pacto de Varsovia había encontrado la condena y desaprobación de comunistas italianos y franceses, el Chile de la UP representó un hito que marcó un importante proceso de redefinición estratégica. Lo que se había iniciado con la crisis del movimiento comunista internacional posterior al XX congreso del PCUS, se condensó finalmente en la reivindicación abierta de un modelo democrático y pluralista de socialismo: eje central de la propuesta eurocomunista.

Por otra parte, se puede decir que el interés de estos partidos por la experiencia chilena también tuvo otras facetas que se vinculaban a los intereses de Moscú. Para el PCUS la vía chilena representaba una alternativa al modelo guerrillero planteado por Cuba y sus seguidores, que había generado numerosos roces con los soviéticos y los PC ortodoxos del continente. Además, reivindicaba la política formulada en el XX congreso de 1956 en torno a las vías pacíficas nacionales. De hecho, los dos grandes partidos, el francés y el italiano, habían estrechado vínculos de intercambio directo con el PC de Luis Corvalán, en la década de los sesenta, justamente a partir de la afinidad que percibían con su política y trabajo de masas.

Posteriormente al golpe, Chile se transformó, también por el impulso soviético, en causa frentista y antifascista que, en el marco de la distensión, operó como fuerte catalizador de una lógica unitaria entre comunistas, socialistas y otros sectores,



basando ese llamado a la cooperación en una interpretación que veía a esos acontecimientos a la luz del pasado europeo. Un fenómeno que se explicaba también en el interés de los comunistas chilenos en el exilio, que buscaban mantener la atención y condena transversal internacional hacia las violaciones de derechos humanos en Chile<sup>[8]</sup>. Por otra parte, la causa chilena también fue utilizada desde la perspectiva comunista justamente para responder a la ofensiva occidental en materia de derechos humanos. Cabe considerar que las críticas que recibía la URSS en esa fase no apuntaban a prácticas terroristas de masas como las que habían caracterizado la época estalinista y más bien estaban enfocadas en la violación de los derechos civiles de los disidentes y la falta de libertad de expresión en la URSS. Los soviéticos podían denunciar la hipocresía detrás de ella, puesta la complicidad de Washington con una dictadura que en ese mismo momento adoptaba prácticas altamente represivas como la tortura y la desaparición de sus enemigos<sup>[9]</sup>.

El tópico de los DD.HH. marca además un nuevo tema de agenda, que iba a pesar cada vez más en las identidades de los partidos de izquierdas, situándose en la línea de evolución seguida por esta corriente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Chile jugó el papel de catalizador en instalar los DDHH en el centro de su agenda, y representó el caso más conocido y emblemático de la cuestión. El eje del antifascismo y la reivindicación de los DD.HH. se conectaban a su vez con otra preocupación de

la época, relativa a la apertura de transiciones democráticas en países del continente que aún mantenían régimen dictatorial.<sup>[10]</sup>

Si bien no abordaremos estos casos, es interesante analizar algunas dinámicas que se desprenden de los estudios dedicados al caso griego y español, los que remiten a una dimensión que debe ser considerada también para entender la asimilación fascismos-dictaduras usada en Europa para poder hacer sentido del caso chileno. Estos países representaron en muchos aspectos como un antecedente para interpretar lo que estaba pasando en Chile. Para los partidos de izquierda de los países democráticos europeos, posteriormente al golpe de 1973, el caso chileno fue leído con los lentes con que se miraban las dictaduras en el sur del continente, asimilándolos como ejemplo de resabios del fascismo y de la amenaza que aún representaba treinta años después de la guerra<sup>[11]</sup>. Y de alguna forma Pinochet heredó el lugar que era de Franco en el imaginario izquierdista. También ambos casos muestran interpretaciones que dialogaban con las de países en contexto democrático, puesto que pusieron el foco en la necesidad de amplias alianzas y servían para legitimar la línea de fuerzas que se diferenciaban de opciones radicales.

En su análisis del impacto de la experiencia chilena en Grecia, Palieraki destaca que el escaso interés manifestado inicialmente por la victoria de Allende contrasta con la solidaridad que, después del golpe, los opositores de la junta de los coroneles le brindan a la izquierda chilena. Al res-

8.- Olga Ulianova, «La nueva inserción internacional del comunismo chileno tras el golpe militar», en Tanya Harmer y Alfredo Riquelme (ed.), *Chile y la guerra fría global*, Santiago de Chile, RIL, 2014, pp. 281-284 (273-315).

9.- Kim Christiaens, «European reconfigurations of transnational activism: Solidarity and human rights campaigns on behalf of Chile during the 1970s and 1980s», *International Review of Social History*, 63:3 (2018), pp. 413-448 (419-425).

10.- Kim Christiaens, Magaly Rodríguez García y Idesbald Goddeeris, «A global perspective on the European mobilization for Chile (1970s-1980s)», en Kim Christiaens, Magaly Rodríguez García y Idesbald Goddeeris (eds.), *European solidarity with Chile 1970s-1980s*, Frankfurt, Peter Lang Editions, 2014, pp. 23 (7-46).

11.- Christiaens, «European Reconfigurations», pp. 425-428.

pecto recalca la relevancia del giro que en esos años produjo la recomposición de la izquierda moderada para hacer de la solidaridad con Chile una instancia de movilización contra los coroneles. Más en lo específico, la autora recalca cómo las lecturas con respecto al desarrollo de los eventos en Chile ofrecieron la oportunidad para los comunistas griegos (y para el mismo futuro fundador del PASOK y primer ministro Andréas Papandréou) de revertir a su favor el interés por América latina y el tercermundismo que había sido apropiado por la izquierda radical durante los sesenta en favor de su proyecto político<sup>[12]</sup>.

En España el caso chileno generó en cambio fuerte interés desde un principio, abarcando las percepciones respecto a la perspectiva socialista, la cuestión del autoritarismo, la violencia, y las alianzas que había que conformar. Los distintos actores de la izquierda ibérica tomaron posición respecto a la lección de Chile. Cada uno desde su perspectiva, presentaron sus lecturas sobre el golpe y las lecciones que se podían extraer sobre la política de alianza y la perspectiva socialista. Si bien no faltaron sectores que plantearon el camino revolucionario y violento a partir del fracaso de la UP, prevaleció un énfasis en la necesidad de una política de acuerdos y transacción, constatando que las divisiones internas a la UP habían favorecido el desenlace. Una lectura teñida por el temor de que una apertura democrática fuese aplastada por un retorno al autoritarismo<sup>[13]</sup>. El PCE de

Santiago Carrillo estableció por ejemplo «la imposibilidad de quemar las etapas, evitar el aislamiento de la vanguardia y ser conscientes que antes de caer víctima de un Golpe de Estado, un gobierno socialista debe retirarse a tiempo»<sup>[14]</sup>. Indicaciones que refrendaban la línea adoptada por el partido en el contexto transicional y preparaban su «adscripción» a la tendencia eurocomunista. De hecho, en 1977, el PCE pactó con los herederos de Franco la aprobación a la monarquía a cambio de la legalización del partido, con un discurso de alto compromiso con los canales de la Democracia, aspirando a no perder espacios de participación en la política nacional de transición.

Por su parte, el socialismo (PSOE) se renovó tras la cara del emergente líder político andaluz, Felipe González, quien, a diferencia del líder socialista en el exilio, Rodolfo Llopis, operaba al interior del país generando mayor conexión con las bases. González, en este sentido, se presentaba como un interlocutor válido tanto para avalar la transición española como el representante preferido por la Internacional Socialista para conducir al socialismo en España luego de la muerte de Franco, con un discurso que mezclaba marxismo y democracia, buscando convertir al PSOE en un partido de masas capaz de disputar las elecciones por venir. Estos aspectos son particularmente relevantes porque la experiencia de la transición española y las dinámicas entre el PSOE y el PCE fueron los prismas a través de los cuales, la IS leyó y abordó las divisiones generadas en la oposición chilena tras el golpe, modelando su intervención según estas directrices.

12.- Eugenia Palieraki, «'Le Chili est proche': Les mouvements antidictatoriaux grecs et les septembres chiliens», en en Olivier Compagnon, Caroline Moine (coord.), «Chili 1973. Un évènement mondial», *Monde(s)*, 8 (2015/2), pp. 61-62 (45-64), <https://www.cairn.info/revue-mondes-2015-2.htm> (consultado: 13 de marzo de 2023).

13.- Cristina García Gutiérrez, «La reacción de España ante el golpe militar en Chile», *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, 6 (2011), pp. 1-21, <https://revistas.um.es/navegamerica/arti->

[cle/view/124451](https://doi.org/10.1016/j.iceview/124451) (consultado: 7 de junio de 2023).

14.- Citado por C. García Gutiérrez, «La reacción de España», p. 19.

## La Unidad Popular y la Unión de la Izquierda francesa

En Francia la lectura del experimento chileno fue marcada por lo que la prensa definió el « *cousinage politique* » entre los dos países, refiriéndose a la presencia de varios partidos nominalmente afines (comunistas, socialistas y radicales) en los dos sistemas políticos<sup>[15]</sup>. Además, lo que potenció la lógica de las analogías fue el hecho de que el experimento chileno encontró a la izquierda local en una fase de crisis y redefinición, por lo que la popularidad del caso conosureño se debe a que este se prestaba para ser utilizado como punto de encuentro entre un amplio espectro de sensibilidades de izquierda.

Tras la instauración de la quinta república en 1958, una izquierda que se encontraba dividida entre el Partido Comunista Francés (PCF) y varios grupos socialistas, no había podido presentar una real competencia a la hegemonía de De Gaulle y de su movimiento político en la lógica de un sistema semipresidencial. Solo en las presidenciales de 1965, un acuerdo entre estas distintas fuerzas había conseguido llevar a un candidato común; François Mitterrand, a un honorable 45% en segunda vuelta. A la crisis electoral se había sumado el cuestionamiento que le había venido en 1968 desde el mayo francés. Los líderes estudiantiles habían criticado vehementemente, su amoldamiento al sistema y/o por su estalinismo, a los comunistas locales. Estos, a su vez, condenaron el aventurismo de los estudiantes pequeñoburgueses, guiados

15.- Pierre Kalfon, «Les Chiliens ont surnommé M. Mitterrand l'Allende français», *Le Monde*, 15 novembre 1971. [https://www.lemonde.fr/archives/article/1971/11/15/les-chiliens-ont-surnomme-m-mitterrand-l-allende-francais\\_2450107\\_1819218.html](https://www.lemonde.fr/archives/article/1971/11/15/les-chiliens-ont-surnomme-m-mitterrand-l-allende-francais_2450107_1819218.html) (consultado: 14 de marzo de 2023). Ver Pierre Vayssière, *Le Chili d'Allende et de Pinochet dans la presse française. Passions politiques, informations et désinformation*, Paris, L'Harmattan, 2005.

por Daniel Cohn-Bendit, a quien el dirigente comunista Georges Marchais definió despectivamente como el «anarquista alemán». Si bien los sindicatos y partidos de la izquierda se habían solidarizado contra la represión practicada por la policía en la noche de las barricadas (10-11 de mayo), las relaciones entre vieja y nueva izquierda habían sido ulteriormente tensionadas durante la oleada de tomas obreras que paralizó al país entre mayo y junio. El intento de los sindicatos y políticos tradicionales de cooptar al movimiento terminó debilitando sus credenciales de izquierda, mientras se daba la progresiva conformación, dentro de las fábricas, de un sector autogestionario que se negó a seguir las directrices de las cúpulas sindicales. Adicionalmente, la aplastante victoria de De Gaulle en las elecciones anticipadas de ese año, y los resultados electorales de los años siguientes, poco alentadores sobre todo para los sectores socialistas, evidenciaron la necesidad de replantearse o desaparecer.

En ese momento, se reinició un proceso de refundación. El PCF, que ya en 1968 había tomado distancia de Moscú desaprobando la invasión de Checoslovaquia, entró gradualmente en una fase de redefinición programática e ideológica, que lo llevó a visualizar la necesidad de una política unitaria en Francia y que, en los años siguientes, derivó en la convergencia con otros partidos comunistas de la Europa occidental en función de un modelo de socialismo alternativo al de la URSS (el que será definido como eurocomunismo).

En el área socialista, que estaba fragmentada en distintos grupos, se avanzó primero hacia la fundación de un partido unitario, el Partido Socialista (PSF) en 1969, y luego, el Congreso de Epinay de junio 1971 se dio la imposición del liderazgo de Mitterrand, en base a la propuesta de un programa común con el PCF y otros sectores de la izquier-





Actuación de Quilapayún en la fiesta de *l'Humanité*, París, septiembre de 1973 (Fuente: *l'Humanité*).

da, que finalmente fue firmado en junio de 1972. El experimento allendista llegó como anillo al dedo para la izquierda, puesto que la UP prefiguraba el tipo de alianzas que se pretendía imponer a Francia y otorgaba las credenciales revolucionarias que la izquierda tradicional había perdido durante las movilizaciones del 68.

Por lo que concierne a los comunistas franceses, estos podían contar además con la existencia de buenas relaciones con el PC chileno; sus dirigentes visitaron en distintas oportunidades a Chile y pudieron contar con información de primera mano. Su lectura del proceso chileno se expresó a menudo en clave de polémicas con la izquierda radical, hija del 1968, haciendo hincapié en los problemas causados al gobierno por la política del MIR y en la insistencia en la necesidad de una línea unitaria<sup>[16]</sup>.

16.- Olivier Compagnon, Caroline Moine, «Pour une histoire globale du 11 septembre 1973», en O. Compagnon, C. Moine (coord.), «Chili 1973. Un événement mondial», pp. 9-26.

En relación al socialismo, cabe recordar el viaje a Chile que Mitterrand realizó en noviembre de 1971, el primero después de su investidura como líder socialista: un gesto significativo, funcional al proyecto de un programa común. Como el mismo Mitterrand le planteó a Allende: «El Partido Socialista Francés busca llegar a la firma de un programa común de gobierno con toda la izquierda, así como lo ha hecho usted mismo. Por lo tanto, no es casualidad que hayamos reservado nuestro primer viaje a Chile».<sup>[17]</sup> En la misma línea, a su retorno, el líder socialista declaró a la prensa que

«Chile es el único país del mundo donde la síntesis entre reformas estructurales y respeto a las libertades civiles ha sido exitosa.

17.- Claude Estier, «Mitterrand et Allende», *La Lettre* (Institut François Mitterrand), 45, 8 de octubre de 2013, en <https://www.mitterrand.org/miterrand-et-allende.html> (consultado: 14 de marzo de 2023). Ver también Claude Estier, *J'en ai tant vu : memoires*, Paris, Le Cherche midi, 2008, p. 133.

Para lograrlo, es necesario concluir acuerdos electorales y, sobre todo, establecer una plataforma común previa a un acuerdo de gobierno»<sup>[18]</sup>.

Otros aspectos que explican el interés de Mitterrand por Chile podían encontrarse en la posibilidad de lograr dos objetivos paralelos: el de refrendar frente al electorado sus credenciales izquierdistas (puesto que estas podían ser objetadas por su trayectoria personal) y, al mismo tiempo, el de acreditar su figura como candidato presidencial, presentándose como un «Allende francés». Algo fundamental en un sistema semi-presidencial donde a la izquierda había faltado hasta ese momento un líder competitivo, capaz de equilibrar a De Gaulle y su sucesor Georges Pompidou.

Respecto a si la UP hubiese efectivamente inspirado las opciones de la izquierda francesa existen distintos puntos de vista. Olivier Compagnon y Caroline Moine, notando las analogías entre los preámbulos de la plataforma de la UP y del programa común adoptado por la izquierda francesa, destacan que: «por lo tanto la ‘vía chilena al socialismo’ no fue ajena a la adopción, el 26 de junio de 1972, del Programa Común de la izquierda francesa, y que puede plantearse como una declinación europea de las opciones tácticas tomadas por los socialistas chilenos»<sup>[19]</sup>. Por su parte, Judith Bonnin ha planteado que no hubo realmente un impacto teórico y que «consideradas las grandes diferencias entre las estructuras socioeconómicas de los dos países, nunca se planteó realmente la posibilidad de un modelo chileno»<sup>[20]</sup>.

18.- Citado en Moine Compagnon, «Pour une histoire globale du 11 septembre 1973», p. 12.

19.- Moine Compagnon, «Pour une histoire globale du 11 septembre 1973», p. 13.

20.- Judith Bonnin, «François Mitterrand à la découverte de l'Amérique latine (1971-1981)», *Le Genre Humain*,

Lo que queda en evidencia es que Chile, más allá del valor que pueda haber tenido o no como modelo o fuente de inspiración, fue adoptado como recurso simbólico y resignificado en función de los intereses propios de las distintas izquierdas francesas. Al mismo tiempo, fue leído con los ojos puestos en la política local, en la medida en que los éxitos y fracasos de la UP parecieron efectivamente dar indicaciones relevantes de los posibles escenarios que se perfilaban en Francia.

De hecho, el golpe derivó más bien en una toma de distancia del «modelo chileno» por parte de los socialistas franceses, para los cuales se trató de explicar que el fracaso de la vía chilena no debía ser leído como prueba de la inviabilidad de su misma política, marcando los puntos de diferencia a nivel socioeconómico, político y geopolítico, entre los dos contextos. El mismo Mitterrand declaró el 12 septiembre 1973 que «no podemos asimilar el proceso político y económico de un país como Francia que pertenece al mundo altamente industrializado con lo que está pasando en países [...] que pertenecen a un mundo que no es el nuestro»<sup>[21]</sup>. Como destaca Renée Fregosi:

«Al implementar una fuerte solidaridad con los compañeros chilenos, los socialistas franceses tenderán a afirmar que, en Francia, a diferencia de Chile, la experiencia de un gobierno de izquierda puede tener éxito

LVIII/1 (2017), p. 38 (29-53), <https://www.cairn.info/revue-le-genre-humain-2017-1-page-29.htm> (consultado : 13 de marzo de 2023). Ver también la opinión expresada por Bonnin en François-Xavier Gomez, «Il y a une passion de la gauche française pour l'Amérique latine», *Liberation*, 15 de diciembre de 2017. [https://www.liberation.fr/planete/2017/12/15/il-y-a-une-passion-de-la-gauche-francaise-pour-l-amerique-latine\\_1617011/](https://www.liberation.fr/planete/2017/12/15/il-y-a-une-passion-de-la-gauche-francaise-pour-l-amerique-latine_1617011/) (consultado: 14 de mayo de 2023).

21.- Citado en Renée Fregosi, «Le Parti Socialiste français face au coup d'État du 11 septembre 1973 au Chili», *HAL*, 2019, p. 9. <https://shs.hal.science/halshs-02062925/document> (consultado: 14 de abril de 2023).

por tres razones principales: la naturaleza de los militares francés, la posición geoestratégica del país, la fuerza de la alianza política»<sup>[22]</sup>.

Todo ello se combinó con un esfuerzo solidario que convirtió a Francia, en los años siguientes, en un importante centro del exilio chileno<sup>[23]</sup>. Un esfuerzo que fue pensado para relanzar las credenciales de izquierda anti-imperialistas del PSF, consolidando, a través de la constitución del Comité Solidarité-Chili, la alianza con los comunistas. Estos estaban interesados, a su vez, en reactivar en torno a la causa de Chile la lógica del frentismo antifascista. Ese objetivo quedaba particularmente evidente en la organización de una iniciativa como la *Conferencia paneuropea de solidaridad con Chile*, realizada en París en julio de 1974, por impulso del Comité Solidarité-Chili y con la colaboración de las izquierdas italianas. La finalidad, por lo menos desde la perspectiva del PCF y del PCI, era justamente la de congregar en un mismo foro a partidos comunistas del este europeo junto con fuerzas significativas de la socialdemocracia occidental, poniendo fin a prejuicios anticomunistas que afectaron a su posición en los respectivos países desde la inmediata posguerra. En palabras del dirigente del PCF, Gaston Plissonier, en una misiva enviada a los compañeros italianos, la iniciativa «reuniría por primera vez en un mismo foro a las fuerzas comunistas y a un gran número de fuerzas socialistas de toda Europa»<sup>[24]</sup>.

22.- Fregosi, «Le Parti Socialiste français face au coup d'État du 11 septembre 1973 au Chili», p. 1.

23.- Nicolás Prognon, *Les exilés chiliens en France, entre exil et retour (1973-1994)*, Sarrebrücken, Editions Universitaires Européennes, 2011.

24.- Messaggio di Gaston Plissonier, comitato centrale del PCF al comitato centrale del PCI, 18 de junio de 1974, Archivio del Partito Comunista Italiano (APC), 1974 IV, Estero, Cile, 080, 173-175, Fondazione Gramsci, Roma.

En muchos aspectos, por otra parte, la movilización solidaria también reflejó a menudo las dinámicas e intereses internos de la coalición, expresando la competencia entre los dos partidos para la hegemonía dentro del bloque que en los años siguientes habría marcado la vida de la coalición, derivando finalmente en la imposición del PSF y el declive del PCF. Como expresaba Bonnin a Liberation: «El PS quiere estar al frente de la solidaridad, siguiendo la idea de que, al ser unos socialistas víctimas del imperialismo, era importante no dejar este terreno al aparato comunista y sus organizaciones»<sup>[25]</sup>.

### La «lección de Chile» en Italia: la propuesta del compromiso histórico

En el caso de Italia es válida la consideración hecha respecto al caso francés en relación a la existencia de un «cousinage politique», pero con algunas diferencias sustanciales. Incluso en el país transalpino existía un conjunto de fuertes analogías políticas con Chile que incluía, la existencia de dos importantes conglomerados políticos de la izquierda tradicional: el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Socialista Italiano (PSI). Sin embargo, a diferencia de Francia, dentro de esas analogías destacaba también la gravitante presencia de un partido demócratacristiano (DCI), que

25.- François-Xavier Gomez, «Il y a une passion de la gauche française pour l'Amérique latine» ; ver también Fregosi, «Le Parti Socialiste français face au coup d'État du 11 septembre 1973 au Chili», pp. 9-10. Cabe señalar que la documentación conservada en el archivo del Partido Comunista Italiano da una visión bastante aclaradora de los intereses, razones y preocupaciones que inspiraban a los partidos organizadores, incluyendo la competencia entre PCF y PSF, así como la hostilidad de ambos partidos comunistas hacia la participación de los grupos de «nueva izquierda». Nota di Angelo Oliva per la Segreteria, 29 de marzo de 1974, APC, 1974 II, Estero, Cile, 076, 801-805; nota di Ignazio Delogu, 20 de junio de 1974, APC, 1974 III, Estero, Associazioni di amicizia, 078, 935-937.





Roma, manifestación de apoyo al pueblo chileno, 1973 (fuente: Archivio Luce).

había sido el eje de todas las coaliciones de gobierno desde la inmediata posguerra. Un partido que estaba estrechamente vinculado a la DC chilena, con que colaboraba en el marco de la Unión Mundial Demócrata Cristiana y a cuyo proyecto de Revolución en Libertad había prestado apoyo político y financiero durante los 1960<sup>[26]</sup>.

El otro gran partido italiano y el rival histórico de la DCI desde la oposición era el PCI, el principal partido comunista del mundo occidental. También esta colectividad desde la década de los 1960 mantenía estrechos vínculos y constantes relaciones de intercambio con su análogo chileno, el PCCh liderado por Luis Corvalán. Durante esos años existió un interés específico de los chilenos para conocer el trabajo desa-

rollado a nivel organizativo por el partido italiano, además de la mutua percepción de una especial afinidad teórica entre las dos vías al socialismo: elementos de convergencia que se vieron potenciados frente al desafío común que representaba el reformismo democristiano. La política del PCCh, además, cobraba un significado especial desde el punto de vista de los partidos filsoviéticos, representando una alternativa a las posiciones radicalizadas del régimen cubano<sup>[27]</sup>. Cuando Allende asumió el poder en 1970, la DCI y PCI ya tenían contactos establecidos y manejaban antecedentes que fueron clave para su lectura de la situación.

Todos los partidos italianos trataron de sacar lecciones útiles del escenario chileno, que se convirtió, en la prensa política italiana, en una suerte de espejo de la políti-

26.- Sobre la relación entre los dos partidos demócrata-cristianos véase el trabajo de Raffaele Nocera, *Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno, 1962-1973*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2015.

27.- Véase Alessandro Santoni, *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*, Santiago de Chile, RIL, 2011, pp. 49-67.

ca local. El aspecto central en este debate fue la posibilidad de que, en un momento de crisis de la coalición de centroizquierda formada por DCI y socialistas al inicio de los 1960, el PCI pudiese llegar a gobernar al país. En particular, el mismo PCI vio en la Unidad Popular un ejemplo o un ensayo que prefiguraba la «alternativa de gobierno» a la DCI, es decir una alianza de los dos grandes partidos de la izquierda italiana con los sectores progresistas que se estaban perfilando en el mundo católico<sup>[28]</sup>. Con esta perspectiva en la mente, por ejemplo, en las páginas de la revista teórica del partido *Rinascita*, se ponía en valor el «encuentro entre el movimiento obrero de inspiración marxista y leninista y el mundo católico chileno, atravesado por profundas inquietudes, sacudido por el enfrentamiento entre las viejas costumbres y el ansia del resurgimiento cristiano, que el PDC, en el terreno ‘mundano’, no habría podido enredar y reabsorber completamente»<sup>[29]</sup>.

El punto sobre el cual es preciso llamar la atención es que esa era una lectura diametralmente opuesta a la que el mismo PCI iba a avanzar tres años más tarde. Para entender el giro debe considerarse el contexto italiano de esos años. En la península, además de la crisis de credibilidad de los partidos de gobierno, se estaba abriendo una fase de polarización y radicalización que iba a extenderse durante toda la década de los 1970, los llamados «años de plomo», caracterizados por las acciones de dos opuestos terrorismos, uno de extrema izquierda y otro de marca neofascista, que pusieron en jaque a las instituciones democráticas. El impacto que suscitó el golpe chileno en Italia debe así ser comprendido a la luz de la existencia de un riesgo autoritario. A

28.- A. Santoni, *El comunismo italiano y la vía chilena*, pp. 117-125.

29.- Renato Sandri, «Chile. Una vittoria che viene da lontano», *Rinascita*, 11 de septiembre de 1970, pp. 5 y 6.

esta preocupación respondía la lección que el PCI sacó del golpe, funcional a reivindicar ahora la necesidad de un «compromiso histórico» entre PCI y DCI para evitar todo giro autoritario. La propuesta fue formulada por el secretario general del PCI Enrico Berlinguer, en una serie de tres ensayos aparecidos entre septiembre y octubre en *Rinascita*:

«Hoy la experiencia chilena nos confirma en esta convicción, que la unidad de los partidos de los trabajadores y de las fuerzas de la izquierda no es condición suficiente para garantizar la defensa y el progreso de la democracia en donde a esta unidad se contraponen un bloque de partidos que se ubica desde el centro hasta la extrema derecha»<sup>[30]</sup>.

Esa propuesta se enmarcaba en una operación política con que el partido se planteaba poner al drama chileno en el centro del debate político en Italia. Desde que se recibe la noticia del golpe, en una reunión de emergencia de su directiva, el PCI había abordado la cuestión de las posibles consecuencias para su política<sup>[31]</sup>. Ahí se habían determinado las orientaciones de un esfuerzo unitario de solidaridad, que se consideraba complementario a los objetivos políticos del partido: defenderse de todo ataque que buscara ver en lo sucedido la prueba de la imposibilidad de realizar una sociedad socialista en contexto democrático, y plantear a la DCI la necesidad de establecer este «compromiso», en el espí-

30.- Enrico Berlinguer, «Imperialismo e coesistenza alla luce dei fatti cileni», *Rinascita*, 28 de septiembre de 1973, pp. 3-4; Enrico Berlinguer, «Via democratica e violenza rivoluzionaria», *Rinascita*, 5 de octubre de 1973, pp. 3-4; Enrico Berlinguer, «Alleanze sociali e schieramenti politici», *Rinascita*, 12 de octubre de 1973, pp. 3-5.

31.- Riunione della direzione del PCI, 12 de septiembre de 1973, APC, 1973 III, Direzione, 047, 0331-0351.



ritu del antifascismo. Esto significaba presionarla a tomar distancia de la directiva demócratacristiana chilena, y a unirse a la movilización unitaria en contra del golpe. En palabras de Gian Carlo Pajetta, uno de los máximos dirigentes del partido:

«Tenemos que atacar la DC de Frei, ya sea que este último llegue a ser presidente sobre el cadáver de Allende, o, con mayor razón, si incluso él fuese condenado a vivir en el exilio. Porque en esta segunda eventualidad, los sucesos chilenos deberían significar aún más una advertencia para la DC italiana»<sup>[32]</sup>.

Cabe notar que esa lectura de la enseñanza que era preciso sacar del golpe, tenía en realidad su génesis en la política local, donde Berlinguer había establecido un canal de diálogo con el dirigente de la DCI, entonces ministro de asuntos exteriores, Aldo Moro. Este último había advertido al líder comunista de los peligros de impulsar a la escisión de los sectores demócratacristianos más progresistas, invitándolo a establecer una «nueva relación» con el conjunto del partido católico<sup>[33]</sup>. El mensaje era que la DC representaba el eje de la estabilidad democrática del país y el referente de las clases medias, por lo tanto, el efecto de todo intento de causar una escisión a la izquierda terminaría empujándola hacia la derecha.

De forma parecida a lo que había pasado en Francia, Chile no estaba al origen de las opciones de la izquierda local. Más bien, ésta encontraba en lo acontecido en Chile elementos de reflexión para su estrategia, además de un recurso a nivel de propaganda. A diferencia del caso francés, cabría

recalcar, que en Italia se impuso, entre los partidos de la izquierda tradicional, una lectura de los acontecimientos chilenos que, al criticar la falta de un acuerdo entre UP y DC, servía para tomar distancia de la fórmula de una alianza comunista-socialista. Esto aplicaba, con matices distintos, incluso al caso del PSI, cuyo sector mayoritario quiso ver en el golpe la prueba que, para evitar el riesgo autoritario, se debía dar continuidad a la alianza de centroizquierda con la DCI (es decir una perspectiva diferente de la alternativa de gobierno, pero también del «compromiso histórico»), si bien con la indicación de que fuera necesario mantener un diálogo permanente con la oposición comunista.

De todos modos, al margen de las diferencias en las respectivas lecturas, los dos partidos de la izquierda tradicional impulsaron, en los meses y años siguientes, un esfuerzo de movilización y solidaridad, que era funcional a una política unitaria entre fuerzas del antifascismo: lo que incluía a las izquierdas y a la DCI, junto con partidos menores. Es decir, la coalición que había participado de la lucha de resistencia durante la segunda guerra mundial y que había plasmado la Constitución republicana. Roma, donde funcionó la oficina en el exterior de la izquierda chilena, «Chile Democrático», con el apoyo directo de partidos y sindicatos italianos, y donde se publicó la prestigiosa revista *Chile-América*, se transformó en un centro importante del exilio chileno.

En ese contexto debe entenderse y medirse la posición de la DCI y del gobierno local. El gobierno retiró a su embajador en Santiago e instruyó un encargado de negocios para hacerse cargo de la misión, dando asilo a numerosos opositores de la junta militar. El partido se vio impulsado, también por la presión de las izquierdas, a tomar distancia de la línea de Eduardo Frei,

32.- APC, 1973 III, Direzione, 047, 335.

33.- Luciano Barca, *Cronache dall'interno del vertice del PCI*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005, p. 524.

quien había apoyado al golpe de Estado, y casarse con la interpretación del grupo de los democratacristianos chilenos que habían condenado inmediatamente lo sucedido<sup>[34]</sup>. Una posición que suscitó la indignación de Frei y condujo, durante unos dos años, a un duro enfriamiento de las relaciones entre los dos partidos.

Paralelamente, la política de mano tendida a la DCI se cruzó con la otra cuestión que alimentó el debate sobre el golpe e impulsó la iniciativa de los comunistas italianos, es decir la polémica con la izquierda extraparlamentaria hija del 1968. A diferencia de la tendencia en otros países europeos, en donde la causa chilena constituyó un puente entre todas las almas de la izquierda, en Italia los comunistas la interpretaron como una fórmula para abrir un diálogo entre fuerzas democráticas, que excluyera a la derecha y a las izquierdas radicales. El fracaso de la UP obligaba a defenderse de la ofensiva de aquellos sectores que, no solo desde la derecha, sino que incluso desde la izquierda, podían ver en ese desenlace la prueba de la inviabilidad de la misma «vía italiana al socialismo». En particular, grupos como *Lotta Continua* y diarios como *Il Manifesto*, avanzaron sus interpretaciones modelándolas en la lectura hecha por el MIR, y denunciaron, si bien con distintos matices, lo errado de la estrategia pacífica y consensuada seguida por el gobierno de Allende y la conducta moderada del PC chileno<sup>[35]</sup>. Críticas que en el contexto italiano

se extendieron a la estrategia de alianzas que el PCI estaba indicando. Por ejemplo, Rossana Rossanda, una de las principales figuras del grupo reunido entorno a la revista *Il Manifesto*, expulsado del PCI en 1969 por sus posiciones radicalizadas, escribía que Chile exponía «muchas pseudoverdades» difundidas por los partidos comunistas, en función de «la confirmación de la necesidad de dialogar con la DC y las capas medias, considerados potenciales aliados en un ideal programa de unidad nacional»<sup>[36]</sup>. *Lotta Continua* por su parte, veía en el golpe «el fin de las ilusiones revisionistas, incluso y sobre todo en Italia, donde con más obstinación y más cinismo la vía chilena ha sido usada para encubrir la búsqueda de una alianza con la DC»<sup>[37]</sup>.

El PCI dedicó muchas energías a responder a estas posiciones en la prensa partidista. *Rinascita* denunció al «sectarismo» presente en estas posiciones, las que traslucían «ilusiones propias» de esos grupos, «proyectadas hacia Chile» y en que existía la voluntad de alimentar «una polémica de facción contra el Partito comunista italiano»<sup>[38]</sup>. Al mismo tiempo el partido buscó operar para marginar a estos grupos de las actividades solidarias, procurando que no fueran involucrados en la convocatoria de varias iniciativas o preocupándose de neutralizar los efectos de su eventual participación<sup>[39]</sup>.

34.- Uno de sus más prestigiosos exponentes, Bernardo Leighton, fue invitado a viajar a Roma para dar su testimonio y, después que la dictadura le prohibió regresar a Chile, se quedó en exilio forzado en la capital italiana donde será el blanco de un atentado orquestado por la DINA con la colaboración de grupos neofascistas italianos. Ver Patricia Mayorga, *El cóndor negro. El atentado a Bernardo Leighton*, Santiago de Chile, El Mercurio Aguilar, 2003.

35.- Alessandro Guida, *La lezione del Cile. Da Unidad Popolare al golpe del 1973 nella stampa italiana di sinistra*, Napoli, UNIOR, 2015, pp. 183-189.

36.- Rossana Rossanda, «Che fare per il Cile e che cosa imparare», en *Il Cile: saggi-documenti-interviste*, Roma, Il Manifesto, 1973, pp. 9-14.

37.- «La borghesia non rinuncerà mai pacificamente alla propria dittatura», *Lotta Continua*, 12 settembre 1973, p. 1. Citado en A. Guida, *La lezione del Cile*, p. 188.

38.- «Settarismo di ritorno», *Rinascita*, 19 ottobre 1973, p. 6.

39.- Ver al respecto Alessandro Santoni, «El Partido comunista italiano y el otro «compromesso storico»: los significados políticos de la solidaridad con Chile (1973-1977)», *Historia*, 43, vol. II (2010), pp. 532-539.

## La convergencia entre el laborismo y las otras izquierdas británicas en torno a la causa chilena

En el caso de países con hegemonía socialdemócrata en el espacio de la izquierda, la recepción del caso chileno plantea ciertas distancias con los casos mencionados. El sistema político de estos países difería altamente del chileno, y no permitía una discusión que se basara en las asociaciones directas en términos de alianzas y estrategias que se daban en Italia y Francia. Por lo general Chile sirvió de causa para relanzar las credenciales de izquierdas y tercermundistas de los partidos, fortaleciendo su hegemonía en el ámbito de la izquierda local. Optamos acá por analizar el caso británico, aunque nos reservaremos algunas consideraciones respecto de otros casos al final del apartado. El contexto nacional escogido tiene especial interés, porque permite visualizar, proyectados en la causa chilena, a los dilemas de un socialismo que estaba atravesado por opciones y sensibilidades distintas, que dividían a reformistas y a socialistas «puros»: esto en el mismo país que iba a ser el teatro central de la crisis del modelo keynesiano y de la ofensiva neoliberal, encarnada por el thatcherismo. También este caso tiene interés para mostrarnos de manera significativa la lógica de convergencia unitaria que la causa chilena impulsó entre distintas alas de la izquierda, puesto que se dio en torno a la solidaridad con Chile una instancia de colaboración entre laboristas y grupos minoritarios de la izquierda británica, comunistas y «nueva izquierda».

Cabe considerar que la hegemonía del Partido Laborista en el mundo sindical y el escaso arrastre de opciones más radicales disminuyó la importancia de las voces de la izquierda extraparlamentaria. En este país la nueva izquierda y la rama del co-

munismo soviético, aun existiendo, no se constituyeron en un desafío concreto para el laborismo<sup>[40]</sup>. La actitud de la nueva izquierda británica (NIB) hacia el laborismo siempre fue marcada por ambivalencia y los límites impuestos por la marginalidad de estos grupos. Como señala Davis, esta izquierda cuestionaba la factibilidad de que los partidos tradicionales fueran los encargados de amplificar las ideas y políticas socialistas, pero al mismo tiempo buscaba generar un viraje al interior del aparato, reconociendo la hegemonía del partido en la clase trabajadora<sup>[41]</sup>. De los grupos que destacan en esta línea, cabe resaltar al International Marxist Group que surge de un desprendimiento tanto del comunismo británico como del laborismo y que, a pesar de una importancia limitada o casi nula en términos electorales, representaba a voces académicas y del mundo editorial de cierta importancia.

El Partido Comunista Británico, también relegado a los márgenes del movimiento obrero, tuvo alguna importancia desde los sindicatos en la década de 1940, pero la enorme merma de miembros luego de la invasión soviética a Hungría el año 1956, lo llevó a jugar un rol secundario en relación al laborismo. A pesar de contar con miembros de renombre intelectual, al igual que la nueva izquierda británica, el comunismo inglés se orientó más bien a buscar espacios dentro del área laborista para influir en su dirección.

Por otra parte, cabe señalar que la crisis de comienzo de los 1970, se experimentó

40.- Holger Nehring, «Great Britain», en Martin Klimke, Joachim Scharloth (eds.), *1968 in Europe: A History of Protest and Activism, 1956-1977*, New York-Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008, p. 128.

41.- Madeleine Davis, «Labourism and the New Left», en John Callaghan, Steven Fielding, Steve Ludlam (eds.), *Interpreting the Labour Party. Approaches to Labour politics and history*, Manchester, Manchester University Press, 2003, pp. 39-56.

con fuerza en Gran Bretaña teniendo ramificaciones en el mudo político, social y económico, acusando las primeras señales de agotamiento del consenso socialdemócrata, lo que a su vez impulsó una radicalización tanto dentro de la sociedad como al interior del movimiento laborista. Como ejemplo, en el Congreso del Partido en 1971, se aprobó un programa de mayor radicalidad en vista a las próximas elecciones, incluyendo un «plan socialista de producción, basado en la propiedad pública, con una compensación mínima a los mandos superiores de la economía» (que durante los gobiernos 1974-79 sin embargo tuvo poca incidencia)<sup>[42]</sup>. De hecho, Tony Benn, líder de la izquierda al interior del laborismo, señaló que la crisis del sistema en 1970 le permitió al PL reencontrarse con su ideario socialista<sup>[43]</sup>.

En este contexto, las lecturas tanto de la experiencia de la UP, como de las causas del golpe militar fueron distintas, dependiendo de la versión al interior de la izquierda. Sin embargo, el rol del caso chileno al interior de la política contingente local tuvo un impacto menor que en los casos mencionados y si bien hubo divergencias en las lecciones extraídas del golpe, desde el laborismo tradicional se aprovechó el caso para apelar a la necesidad de la unidad. De este modo, fue el foco en la solidaridad con las víctimas de violaciones de derechos humanos a manos del régimen militar, lo que aunó voluntades y permitió homogeneizar la posición respecto a Chile. En primer lugar, el Partido Laborista condenó enérgicamente el golpe, denunciando las atrocidades del régimen militar. De hecho, el Comité Ejecutivo

Nacional del partido, realizado en octubre de 1973, declaró que el derrocamiento del gobierno de Allende era un fuerte golpe para aquellos que buscaban establecer el socialismo por medios democráticos. En el mismo documento se condenó la prisa con que el gobierno de Su Majestad reconoció al gobierno de facto en Chile. Finalmente se hacía un llamado a la solidaridad con el pueblo perseguido chileno, subrayando que la solidaridad con los chilenos es un aporte para todos quienes buscan el socialismo por medios democráticos<sup>[44]</sup>.

El grupo Tribune, representante de una versión más radical al interior del partido, controló la narrativa en torno al caso chileno. Uno de sus miembros, Eric Heffer, ya en 1972, había escrito una columna titulada *Chile's peaceful road to socialism*<sup>[45]</sup>, exponiendo los principales puntos del programa de la UP. En su columna, el parlamentario reforzaba el carácter democrático de la UP y subrayaba que la administración de Allende buscaba alcanzar la sociedad socialista vía democracia, por lo que era un deber de todos los socialistas de izquierda, apoyarlo. Heffer, terminaba su escrito expresando la confianza en que alguna vez su propio partido pudiese imitar el carácter de este programa, advirtiendo que la reacción vivida en Chile, también se podría experimentar en Gran Bretaña.

Judith Hart, representante de Tribune, miembro del parlamento y posterior ministra de desarrollo de ultramar en la administración de Wilson, ordenó los debates y cuestionamientos de la izquierda tradicional británica en una columna titulada *The*

42.- Colin Leys, *Politics in Britain. From Labourism to Thatcherism*, London, Verso, 1989, p.94.

43.- Tony Benn, «Se habla de la libertad en Polonia, pero se oprime en El Salvador. Entrevista por Raimundo Elgueta y Fernando Ruz», *Convergencia*, 5-6, (1981 -1982), pp. 3-10.

44.- Report of the Seventy Second annual conference of the Labour Party, «Emergency Resolution on Chile», 1-5 octubre 1973, Blackpool, p.298, The Labour Party Annual Report 1973, Labour History Archive and Study Centre (LHASC), People's History Museum (PHM), Manchester.

45.-Eric Heffer, «Chile's peaceful road to socialism», *Labour Monthly*, mayo, (1972), pp. 211-215.



*echoes of Allende's death*. En primer lugar, subrayaba el dilema que el golpe en Chile impuso a los socialistas demócratas del mundo sobre la factibilidad de la vía democrática para alcanzar el socialismo. Sin aventurar una solución, Hart ponía el foco entre las similitudes del caso chileno con la realidad británica. Al respecto, enumeraba ciertos criterios que evidenciaban una crítica directa a la contingencia política local haciendo uso del caso latinoamericano. En este sentido, denunciaba una derecha británica, dueña de la prensa, que prefería la represión violenta a tolerar el socialismo. Evidenciaba la existencia de una noción de respeto generalizado por la constitución y sistema parlamentario, que —como fue el caso chileno— bien podía ser autocomplaciente y desactualizado, así como la creencia de una supuesta neutralidad y lealtad de las fuerzas armadas al gobierno electo. En concreto ejemplifica cómo los intereses financieros británicos se aprestaron para sabotear el interés económico nacional durante el último gobierno laborista reformista.

En segundo lugar, Hart utilizando el caso chileno para interpelar a la izquierda local, especialmente en la antesala de un período electoral en Gran Bretaña, subrayaba que la única fórmula para enfrentar tanto a la derecha chilena como la derecha global es a través la cooperación al interior de la izquierda. El caso chileno, sostuvo Hart, ha unido casi a todas las tendencias de la izquierda europea incluyendo al Partido Comunista y la Internacional Socialista. El mensaje de la política laborista, en otras palabras, era que la única defensa para instalar programas socialistas por vía democrática era a través de la cooperación entre la clase trabajadora y la clase media<sup>[46]</sup>.

En este contexto, en las elecciones de

1974, el laborismo volvió al poder. La izquierda al laborismo desde 1974 presionó al gobierno de Wilson y luego al de Callaghan para tomar una política condenatoria a la dictadura chilena, contra la opinión del Foreign Office, del mundo de los negocios y de los conservadores. Una situación que conocerá un giro de 180 grados con la asunción de Thatcher cinco años más tarde.

Para el comunismo británico pro-soviético, la respuesta frente a las lecciones del caso chileno transitaba por una senda similar a la visión unitaria del laborismo. Jack Woddis, líder del Departamento Internacional del Partido Comunista Británico, en una columna titulada «Mitin para apoyar la democracia chilena»<sup>[47]</sup>, apelaba a todos los demócratas ingleses para exigir la liberación de los prisioneros y detener la represión, desmarcándose de las lógicas izquierda y derecha. Esta intención era parte de la temprana política de la Unión Soviética respecto al caso chileno de incentivar amplias alianzas antifascistas demócratas, buscando evocar las alianzas frentepopulistas y antifascistas de los 1940 europeos<sup>[48]</sup>. Asimismo, Woddis, buscó usar el caso chileno para generar alianza con las capas medias de la sociedad británica en la necesidad de construir una fuerza más transversal para lograr las metas socialistas. Si se lograba democratizar el Estado y las fuerzas armadas, desde adentro, era posible evitar una reacción como la vista en Chile.

Con respecto a la izquierda radical, al igual que sus símiles europeos, la Nueva Izquierda Británica, interpretó el abrupto fin de la UP como una confirmación del peligro yacente en confiar en la democracia liberal para conseguir el socialismo. Emblemático fue el caso de Tariq Ali, la cara más visible

46.- Judith Hart, «The echoes of Allende's death», *The Guardian*, (September 19, 1973), p.21

47.- Jack Woddis «Rally to the support of Chilean democracy». Judith Hart Collection (JHC), LHASC, PHM, Sección 4. Del 4 al 9.

48.- K. Christiaens, *European reconfigurations*, pp. 413-448.





Acto en Trafalgar Square tras una manifestación de solidaridad con Chile, Londres, el 16 de septiembre de 1979 (Foto: Gillfoto, fuente: Wikimedia Commons).

de la Nueva Izquierda británica. Su crítica, plasmada en un artículo escrito el año 1977<sup>[49]</sup>, criticaba especialmente al Partido Comunista por no preparar a la clase trabajadora para un posible encuentro armado, acusándolo de reformista y colaboracionista, al aliarse con partidos burgueses y defender el camino democrático-burgués. Para Ali, los eventos en Chile reafirmaron las visiones esenciales desde el marxismo-leninismo sobre el Estado y sus aparatos, los que debían ser destruidos para pavimentar el poder de la clase trabajadora. Por lo mismo, Ali concluía que no había mayor novedad en las lecciones que se extraían del golpe en Chile. Sobre la campaña de solidaridad que tanto en Gran Bretaña como en Europa se había organizado, Ali denunciaba el carácter engañoso del llamado del co-

munismo británico (soviético) de «apoyar la democracia chilena». El llamado no debía ser restablecer una democracia «burguesa», puesto que el contexto general por el que se luchaba era el socialismo. En este sentido en consonancia de movimientos similares en el resto de Europa, se condenaron los llamados por parte del establishment de la izquierda troncal socialista y comunista para mantener los intereses del capital por sobre las necesidades del pueblo.

Independiente de las lecturas que el caso chileno generó para las distintas versiones de la izquierda en Gran Bretaña y su uso en la política local, lo que sin duda promovió un acuerdo, fue la organización de una campaña de solidaridad enfocada en denunciar las violaciones de los derechos humanos del régimen militar en Chile. De manera activa, el equipo administrativo de la Chilean Solidarity Campaign, buscó incluir entre sus miembros, representantes de las diversas versiones del movimiento obrero británico para asegurar la transversalidad

49.- Tariq Ali, «Lessons of the Coup». En Chile: Lessons of the Coup. Which way to workers

power? *International Marxist Group Pamphlet*, Red Pamphlet, 7, (1977), pp. 1-23.

de representación y concentrar la campaña en torno a la defensa de los derechos humanos. En una minuta de la reunión, el secretario explica la composición de la Campaña y nombra a todos a quienes se les ha hecho llegar invitación para ser parte del Comité Ejecutivo, buscando amplia representación política, incluso asociaciones no necesariamente de izquierda<sup>[50]</sup>. De hecho, las minutas de las reuniones sostenidas desde el Comité ejecutivo dan cuenta del esfuerzo por mantener al margen las diferencias políticas, para enfocar la gestión y desarrollo de la solidaridad en el objetivo de los derechos humanos. Como escribimos en otra instancia, la campaña de la solidaridad, «permitió unir y dar sentido colectivo a está dividida y a veces contrapuesta izquierda, representando un caso excepcional en el escenario de Europa occidental»<sup>[51]</sup>.

El caso británico por supuesto no es totalmente representativo de todo el universo de los países con fuerte partido socialdemócrata/laborista. Por supuesto había muchos matices y diferencias según el país<sup>[52]</sup>. Un caso que alberga muchas simi-

tudes con Gran Bretaña es el de los Países Bajos, al presentar un partido obrero que logró incluir al interior de su organización algunos de los temas de la agenda de los movimientos juveniles de fines de los años 1960. Como resultado, en las elecciones de mayo de 1973, el Partido del Trabajo (PvdA) logró obtener la mayoría para formar gobierno con un enfoque más inclinado hacia la izquierda, especialmente en temas de política exterior. Específicamente en relación con el caso conosureño, los líderes de relevancia del partido como el primer ministro Joop Den Uyl y quien sería su ministro de cooperación al desarrollo, Jan Pronk, habían tenido un contacto estrecho con el gobierno de la Unidad Popular. En tanto miembros del parlamento neerlandés, habían viajado a Santiago a la reunión de la UNCTAD III en 1972, sosteniendo reuniones claves con personalidades de la admi-

VII (2007), pp. 65-85. Otra realidad presenta la reacción del partido socialdemócrata alemán (SPD) partido que ya había cortado, en el congreso de Bad Godesberg de 1959, todo vínculo con la «meta final», gobernando en una línea de sustancial convergencia hacia el centro. Si bien después del golpe, la SPD manifestó su solidaridad con la izquierda chilena, desde una posición de gobierno procuró mantener una línea pragmática en las relaciones diplomáticas y comerciales con Chile. La balanza buscaba, por un lado, no dar municiones a sus opositores de la CDU respaldando a radicales latinoamericanos, y por otro mantener cerca de la socialdemocracia a los electores jóvenes de izquierda que se habían adherido al partido a partir de 1966 y que habían sido cruciales para la victoria de Willy Brandt en 1969. Ver Felix Jiménez Botta, «The Foreign Policy of State Terrorism: West Germany, the Military Juntas in Chile and Argentina and the Latin American Refugee Crisis of the 1970s», *Contemporary European History*, 27(4), (2018), pp. 627-650. El caso alemán es particular, además porque se incorporaba el delicado equilibrio que la República Federal Alemana buscaba mantener con la República Democrática Alemana, quien desde la cúpula de gobierno había apoyado abiertamente al socialismo chileno, siendo incluso la STASI quien rescatara al polémico líder del socialismo chileno, Carlos Altamirano de la represión del régimen militar. Respecto a la situación de los dos partidos socialdemócratas, el sueco y el alemán, en esta época ver D. Sasson, *Cien años de socialismo*, pp. 526-534 y pp. 554-574.

50.- Chile Solidarity Campaign, Executive Committee, «Minutes of the meeting» 31 de mayo 1974. Chilean Solidarity Campaign (CSC). Box 1. Folder 1 al 11, PHM.

51.- Mariana Perry, «El poder de la solidaridad con Chile. La izquierda británica frente al golpe de Estado, 1973-1979», *Revista Secuencia*, 108 (2020), p. 1.

52.- En Suecia, el enérgico e incondicional compromiso de la socialdemocracia sueca (SAP) con la causa chilena fue la expresión de un proyecto político de estado social avanzado y de una opción de política exterior que favorecía un acercamiento a la causa tercermundista en el contexto de un país que mantenía una política neutral y no estaba integrado a la OTAN. Por otra parte, el apoyo hacia la causa democrática chilena se enmarcó en una activa política partidista pero no generó el mismo nivel de especificidad en los cuestionamientos locales como en los casos analizados. Fernando Camacho Padilla, «El movimiento de solidaridad sueco con Chile durante la Guerra Fría», en T. Harmer y A. Riquelme (eds.), *Chile y la guerra fría global*, pp. 225-255; Fernando Camacho Padilla, «Las relaciones entre Chile y Suecia durante el primer gobierno de Olof Palme, 1969-1976», *Iberoamericana*, 25,

nistración chilena y en tanto miembros de la Internacional Socialista viajaron en marzo de 1973 para apoyar al Partido Radical chileno y a la coalición en el marco de las elecciones municipales de marzo de 1973.

En este escenario, y a diferencia de los casos mencionados, el apoyo a la causa democrática chilena no generó grandes debates teóricos ni prácticos en la izquierda de los Países Bajos. Existió tempranamente una interpretación homogénea en donde la izquierda democrática de Salvador Allende había sido cruelmente derrotada por el golpe fascista de Pinochet, por lo que la energía a nivel estatal se concentró en la solidaridad en torno a la defensa de los derechos humanos. De hecho, a raíz del caso chileno, se consideró el tema de derechos humanos como un elemento válido para intervenir en política interna, rompiendo una larga tradición en la política exterior de los Países Bajos.

## **Conclusiones**

La elección vía democrática liberal del primer presidente declarado marxista despertó la atención y la solidaridad de los partidos socialistas y comunistas europeos que, desde la inmediata posguerra, estaban jugando un papel protagónico en la vida política de prácticamente todos los países del viejo continente. El hito abrió un profundo debate en torno a las lecciones que el proceso chileno podía ofrecer, un debate al cual la brutalidad del golpe y su difusión internacional dieron aún más urgencia, concentrando una inusitada atención en comparación con casos similares de América Latina. Dicha atención, además, se complementó con una masiva llegada de exiliados políticos chilenos a suelo europeo que trabajaron por sostener la atención sobre las diversas violaciones a los derechos humanos por parte del régimen en Chile.

A raíz de tanto interés despertado por la causa chilena como de la flexibilidad del caso chileno, que permitía la extracción de variadas y a veces contrapuestas lecciones, podemos encontrar características comunes y nudos problemáticos recurrentes que se relacionan directamente con la que era una fase de redefinición político-programática de la familia de izquierda a nivel internacional. Por supuesto existía la perspectiva de construir una sociedad socialista en democracia. Perspectiva en que se podían aún reconocer aquellos sectores del socialismo que, lejos de plantear una renovación de corte reformista, impulsaban en ese momento un giro a la izquierda. Y en que confluía también la elaboración de los principales partidos comunistas occidentales, en un camino que arrancando del giro de 1956 lo iba a conducir hacia el eurocomunismo, pasando por las ilusiones fallidas de los experimentos checoslovaco y chileno.

El éxito de la UP, además, contrabalanceaba a la nueva izquierda y a la izquierda radical, permitiendo revertir en favor propio la tendencia tercermundista y antimperialista que éstas mismas habían impulsado en los años anteriores. El fracaso del gobierno Allende ponía por ende a los partidos tradicionales en la necesidad de defender su estrategia electoral y gradualista de la ofensiva de estos grupos en referencia a las vías para alcanzar el socialismo.

También a menudo las campañas de solidaridad gestadas en suelo europeo se prestaron como instancia para consolidar el llamado a una mística antifascista y de unidad de las fuerzas democráticas. Unidad que, a su vez, asumió caracteres distintos según los significados políticos que en cada contexto se le atribuyó a la lección recibida del fracaso de la UP, en función de intereses y perspectivas políticas de los distintos actores locales.

Por lo que concierne a las especificidades locales, en Francia y Gran Bretaña el tema chileno permitió ensalzar las credenciales de izquierda de los partidos tradicionales. En otros países como Italia (y España), la interpretación fue más bien defensiva, e implicó refrendar la necesidad de una apertura a la colaboración con otros sectores políticos democráticos, no solo de izquierda, con fines de preservación o recuperación democrática.

Como corolario de lo anterior, la relación que se estableció entre «viejas» y «nuevas» izquierdas fue compleja, más allá de sus diferencias en torno a la lección que venía de Chile respecto a la posibilidad de perseguir al socialismo por medios legales. Si en algunos contextos, como Gran Bretaña, la solidaridad creó una instancia para la búsqueda de acciones comunes entre laboristas y NIB, en otros casos, como Italia, se dio incluso el intento —de parte comunista— de excluir a los grupos extraparlamentarios de la solidaridad. La unidad, por otra parte, se mantenía supeditada a la narrativa de derechos humanos —la «última utopía», al decir de Samuel Moyn— que comenzó a posicionarse como discurso homogeneizador<sup>[53]</sup>. Considerando también que in-

troduce el tema de los derechos humanos como un eje central en los programas de toda fuerza progresista, Chile debe ser visto como uno de los momentos definitorios, emblemáticos, en el camino de la izquierda del siglo XX.

Para concluir, podría esbozarse una respuesta a la pregunta por el impacto y significado que la vía chilena y su fracaso habrían tenido para la izquierda europea. En realidad, es difícil plantear en qué medida hubiese habido algún tipo de influencia, a nivel teórico e ideológico. Lo que hubo fue más bien una dinámica compleja y recíproca de interrelación. En los años 1970-73, por lo general Chile fue un mito/recurso simbólico funcional a políticas propias —abordado con distintos niveles de conocimiento y objetividad— que, sin embargo, en algunos casos sirvió para comparar, refrendar, diferenciar y, finalmente, definir aspectos relevantes de esas políticas, relativas a las alianzas y a los límites de acción que era preciso atenerse. Y estas reflexiones, cabe agregar, contribuyeron a su vez a la dinámica de interrelación mencionada, constituyéndose en elementos de reflexión para el proceso de renovación de la izquierda chilena posterior al golpe.

---

53.- Samuel Moyn, *The last utopia: Human rights in history*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2012.